

torrente: los historiadores, con su laconismo, nos dicen simplemente que los edificios antiguos fueron completamente destruidos, y á lo sumo citan algunos hechos, como la toma de Avenches, el sitio de Tours, y el incendio y la destrucción total del templo de Mercurio Arvernio. A la misma época puede atribuirse la devastación de los talleres de cerámica de Lezoux, en el Puy-de-Dôme, pues las últimas monedas encontradas en los escombros de los mismos son del tipo de Galiano.

La Galia debió su redención á Póstumo. El enemigo, atacado de flanco por retaguardia, fué rechazado al otro lado de los Pirineos y de los Alpes, y aun se dice que en los alrededores de Arlés se trabó una batalla en la que pereció un cuerpo de alamanos, mandados por un rey llamado Croco, que fué hecho prisionero y llevado al suplicio (1). Es indudable que las incursiones no cesaron por completo, digan lo que quieran las fórmulas oficiales, que no

deben ser tomadas al pie de la letra: los depósitos de monedas que datan de aquella época y que en gran número se encuentran hasta en las regiones del centro, en el Sarthe, el Loiret, el Nievre, el Finisterre, la Cote d'Or y el Ain, demuestran claramente que las alarmas no se habían disipado del todo. Sin embargo, no le faltaba en absoluto la razón á Póstumo para titularse «restaurador de las Galias,» y en realidad no mentían las monedas cuando representaban al Rhin tendido entre sus cañas, inclinado sobre su cuna y velando «por la salvación de las provincias.» En efecto, el Rhin habíase convertido en una frontera, si no infranqueable, á lo menos seriamente defendida. Reproduciendo el lenguaje de las medallas, diremos que Neptuno había reaparecido (*Neptuno reduci*) en la flota que surcaba las aguas de aquel río y cuya vigilancia se extendía hasta las costas del mar del Norte infestadas de piratas. En la orilla derecha habían sido reconquistados los Campos Decumates en donde se alzaban nuevamente numerosas fortalezas. Estos resultados se habían obtenido á costa de grandes esfuerzos; Póstumo hubo de luchar hasta el último momento contra los germanos; pero aseguró á la Galia una tranquilidad que, aun estando siempre amenazada y turbada á menudo, formaba marcado contraste con el desorden que reinaba en otras partes del Imperio.

La vida de este país recobró casi sus condiciones normales y aun pareció renacer en él la prosperidad. También sobre este punto las monedas vienen á ilustrar los datos de los autores tan deplorablemente concisos, no siendo ocioso hacer notar que, en medio de la decadencia general del arte monetario, esas monedas son en sí mismas, no sólo por su aleación y por su valor intrínseco, sino que también por su carácter artístico,

(1) Respecto de las tradiciones contradictorias relativas á este rey bárbaro, véase Barthelemy, *La campagne d'Attila*, «Revue des Questions historiques,» 1870.



Trajano Decio.
(Medallón de bronce.)

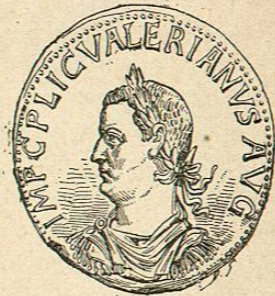
un interesante testimonio de esa prosperidad. Las piezas de bronce, fabricadas con precipitación, son defectuosas, pero las de plata contienen más metal fino que las de Galiano, y en cuanto á las de oro pueden, bajo todos conceptos, sostener la comparación con las de los siglos anteriores. La reaparición de la fortuna, la felicidad de los tiempos, la abundancia de Augusto, tales son las expresiones que á cada paso encontramos en las monedas con los emblemas correspondientes, y aunque de ello haya de rebajarse algo, es indudable que, como las fórmulas alusivas á las expediciones germánicas, contienen una gran parte de la verdad.

No estamos mejor informados acerca de los trabajos pacíficos de Póstumo que acerca de sus operaciones militares. Por las inscripciones á él referentes, casi todas ellas piedras miliars, sabemos que se ocupó activamente en la reparación de los caminos, que seguramente estarían muy estropeados á consecuencia de las invasiones. Tuvo además la suerte ó la habilidad de evitar que entrara en la Galia una peste que, desde hacía años, despoblaba el mundo romano, y esto fué un nuevo título á la gratitud y al afecto de sus súbditos.

En los acontecimientos de que entonces era teatro la Galia se ha querido ver como un despertamiento, un renacimiento ofensivo de la sociedad céltica, comprimida, pero no ahogada por la dominación extranjera; pero esto no pasa de ser una ilusión, pues la monarquía de Póstumo no es una monarquía gala, si con esta denominación se quiere decir antirromana. En efecto, no se inspira en manera alguna en las tradiciones indígenas, ni pretende resucitar un pasado muerto desde hace tiempo. Dos siglos antes, en el movimiento suscitado por la caída de Nerón, los druidas quisieron dar nueva vida á ese pasado y predicaron la guerra santa evocando los recuerdos de la independencia; pero ahora todo esto había terminado. Póstumo como emperador no se distingue de su antecesor Galiano; es Augusto y soberano pontífice, reviste el consulado y cuenta los años de su reinado por la renovación de sus poderes tribunicios.

Tampoco es cierto que organizará un Senado tomando por modelo al de Roma; esta hipótesis no se apoya en ningún hecho, aparte de que la creación de un contrasenido habría sido una gran torpeza de Póstumo. Tenía éste amigos en Roma; tenía también entre los senadores, que no perdonaban á Galiano el haberles prohibido, en virtud de una disposición formal, el acceso al ejército; hiriendo su amor propio, comprometía, por consiguiente, una inteligencia que podía asegurar el porvenir de su obra y de su dinastía.

¿Qué quería Póstumo á punto fijo? ¿Ser único emperador, señor único del mundo romano? Nada hay que autorice á atribuirle tal proyecto. En efecto, podía, como tantos otros antes que él, marchar sobre Italia, empresa no muy difícil dados los apuros en que se encontraba Galiano y la impopularidad de que éste era objeto; y sin embargo no lo hizo, limitándose á mantenerse á la



Valeriano. (Gran bronce.)

defensiva. Estaba, pues, resuelto á circunscribir sus ambiciones, y aquí reaparece, tras un largo eclipse, la idea lanzada en circunstancias análogas por los rebeldes del año 70. En el momento en que se halla amenazada por segunda vez la integridad del Imperio, la Galia se concentra en sí misma y adopta sus medidas para vivir una existencia aparte. Mas entre un Sabino ó un Clásico y

Completa esta semejanza la circunstancia de que su dominación se extendiera á los mismos pueblos; ambos reinaron sobre los países cuya aproximación había de sobrevivir á la tetrarquía y que continuaron formando hasta fines del Imperio el vasto conjunto designado con el nombre de prefectura de las Galias. La unión de España y Bretaña, preparada ya por Albino, fué, pues, en



Aureliano. (Busto del Museo del Vaticano.)

el emperador galo del siglo III existe una gran diferencia: Póstumo no se rebela contra Roma, no es emperador de las Galias, sino simplemente emperador; y si es permitido juzgar el porvenir por el presente, todo induce á creer que se habría conformado con un reparto y que este era el fin á que tendía. Esta concepción flotaba, por decirlo así, en el aire, según antes hemos visto, y no debía tardar en realizarse. En suma, haciendo abstracción del conflicto con Roma y suponiendo la existencia de una relación de subordinación al gobierno central, la situación de Póstumo se parecía bastante á la que tendrá Constancio en el sistema de Diocleciano (1).

(1) Capítulo II, párrafo 3.
TOMO I

realidad obra de Póstumo que, también en esto, aparece como un precursor, y aunque después se rompió, los emperadores que la habían roto la restablecieron en otra forma, á título de agrupación administrativa, hasta tal punto estaba impuesta por la naturaleza de las cosas. La Galia hacíase cargo del papel que debía seguir representando durante el siglo IV: acababa de rechazar la invasión y era ya el más sólido baluarte del Imperio, el foco más activo del patriotismo romano en Occidente. Por su posición geográfica estaba destinada á servir de lazo de unión entre sus dos vecinas; sobre la Bretaña, más pobre y semibárbara todavía, tenía la superioridad de su riqueza y de su civilización y sobre España la ventaja de esa energía que la lucha y el sentimiento del

peligro desarrollan; era, por consiguiente, natural que las atrajese á ambas dentro de su órbita. La Narbonense, la menos gala de nuestras provincias, se dividió, según parece, siguiendo el Oeste y el Norte, incluso Vienne, los destinos de la Galia y permaneciendo el Sudeste unido probablemente á Italia.

Es de sentir que Galiano no se prestara á una combinación, teniendo en cuenta los hechos consumados á la vez que defendiendo la unidad del Imperio. Menos intransigente se había mostrado con Odenath, príncipe de Palmira; pero Palmira estaba lejos y además formaba parte del lote de Valeriano. Por otra parte, tenía que vengar á su hijo, y esta razón por sí sola basta para explicar el encarnizamiento de la lucha, que se prolongó durante muchos años. Póstumo fué sitiado en una ciudad cuyo nombre no ha llegado hasta nosotros y Galiano fué herido. Una insurrección que estalló en Bizancio en 262 suspendió por algún tiempo la contienda, mas en 265 Galiano volvió á la carga enviando á la Galia á uno de sus mejores generales, Aureolo; pero un lugarteniente de éste, Victorino, se pasó á Póstumo con una parte de sus tropas, y desde entonces la guerra se prolongó sin resultado definitivo.

A pesar de algunos reveses, la ventaja estaba de parte de Póstumo, quien conservaba sus posiciones, que era indudablemente lo único que pretendía. En el año 262 había celebrado con gran pompa el quinto aniversario de su advenimiento; cinco años después, en 267, solemnizó el décimo; su dominación se extendía desde las columnas de Hércules á la muralla de Caledonia; disponía de una legión en España, de tres en Bretaña y de otras tres en Germania, sin contar los numerosos contingentes bárbaros, compuestos principalmente de caballería, y los destacamentos aportados por Victorino, y había restablecido la seguridad en el interior y en el exterior. La impotencia de Galiano parecía augurarle días tranquilos; y sin embargo, estaba en vísperas de su ruina.

Un historiador tacha de inconstantes á nuestros antepasados (1), pero con mayor justicia pudiera haber censurado los vicios del régimen, que eran los mismos en este imperio reducido que en el imperio grande. Proclamado por los soldados, Póstumo estaba destinado á ser víctima de los mismos que lo elevaron, tanto más cuanto más enérgico y exigente se mostraba con ellos. Además, ¿qué habría sido del *donativum* si hubiese durado la tranquilidad?

Póstumo había empezado por asociarse á su hijo dándole el título de César; pero las aptitudes de éste no eran las que tales deberes exigían: sentía más afición por las letras que por las armas, y sus inclinaciones le llevaban especialmente hacia la retórica, y sus declamaciones, según nos dice su biógrafo, fueron más tarde consideradas como bastante notables para ser insertadas en la misma colección que las de Quintiliano. Es de creer que no recriminó á su padre cuando éste, deseando un concurso más eficaz, elevó á Victorino, en premio á su defección, á la dignidad superior de Augusto. Los jefes del ejército, en cambio, no mostraron igual resignación; uno de ellos, Cayo Ulpio Cornelio

(1) Trebelio Polio, *Postume*.

Leliano, sublevó la guarnición de Maguncia, y aunque Póstumo dominó aquella rebelión, fué asesinado junto con su hijo (267) por haberse negado á que la ciudad fuera saqueada como los soldados vencedores exigían.

Los historiadores muéstranse favorables á Leliano, á pesar del atentado por él cometido. La muerte de Póstumo trajo como consecuencia una nueva agresión de los germanos; Leliano la rechazó, pero faltóle tiempo para demostrar lo que habría podido ser, pues los soldados que habían contado con su debilidad, al ver que nada ganaban en el cambio, hicieron sufrir la misma suerte que á su predecesor, asesinandolo pocos meses después de haberlo aclamado, es decir, á fines del año 267 ó á principios del 268.

Sucedióle Marco Aurelio Mario, de quien sólo sabemos que había comenzado sirviendo en los arsenales para hacer luego una brillante carrera en el ejército. Su reinado, más corto todavía que el de Leliano, acabó del mismo modo que éste al cabo de dos meses.

Leliano y Mario únicamente habían reinado sobre el ejército del Rin; desaparecidos ambos, Victorino, Marco Piavonio Victorino, se encontró dueño de la situación. Ajeno á los sucesos que habían determinado el asesinato de Póstumo, había sucedido á éste en el resto de la Galia; era valiente como todos esos emperadores galos, y únicamente se le podía censurar por sus costumbres relajadas, que fueron causa de su ruina. En efecto, un empleado del ejército á cuya esposa había deshonrado, promovió contra él una sedición en la que perecieron el emperador y su hijo, niño de pocos años á quien había proclamado César (268).

En medio de todos estos acontecimientos surge ó se deja entrever una figura femenina, que es indudablemente una de las personalidades interesantes de aquella época: nos referimos á Victorina ó Victoria, madre de Victorino, que contribuyó ciertamente á la elevación de su hijo y le tuvo sometido á su influencia durante su corto reinado. Su imagen se encuentra en las monedas de este príncipe, unas veces con los emblemas de Diana, otras con la de la Victoria, alusión más transparente á su nombre, y generalmente con la leyenda *Comes Augusti, Adjutrix Augusti*, compañera, colaboradora de Augusto. Ostentaba el título de Augusta, que habían llevado otras mujeres, esposas, madres ó hermanas de emperadores, y le añadía el de «madre de los campamentos» (*mater castrorum*) que desde fines del siglo II se confería con frecuencia á las emperatrices, y que, en lo que á ella se refería, se justificaba especialmente por su existencia íntimamente asociada á la de Victorino. Los romanos comenzaban ya á no extrañarse de la intervención de las mujeres en los asuntos de estado; las princesas sirias de la familia de los Severos habían dado el ejemplo, y precisamente en aquella época la heredera de Odenath, Cenobia, atraía todas las miradas. Al través de la distancia que las separaba, Cenobia sentía hacia la *Augusta* de las Galias una curiosidad mezclada de simpatía, sentimiento del que nos parece digna Victorina por su energía y por su inteligencia de todo punto viriles.

El asesinato de su hijo y de su nieto, inmolados delante de ella y á pesar de sus súplicas, no quebrantó la autoridad que sobre los soldados ejercía y que supo

afirmar con sus prodigalidades, asegurando algunos historiadores que sólo de ella dependía el revestir con la púrpura las apariencias al mismo tiempo que la realidad del poder. Pero aquella mujer retrocedió ante un acto de audacia hasta entonces sin precedente. Había concebido otro proyecto: ya que decididamente también el imperio galo se hundía entre revoluciones militares, pensó en buscar la estabilidad y la salvación en un gobierno civil.

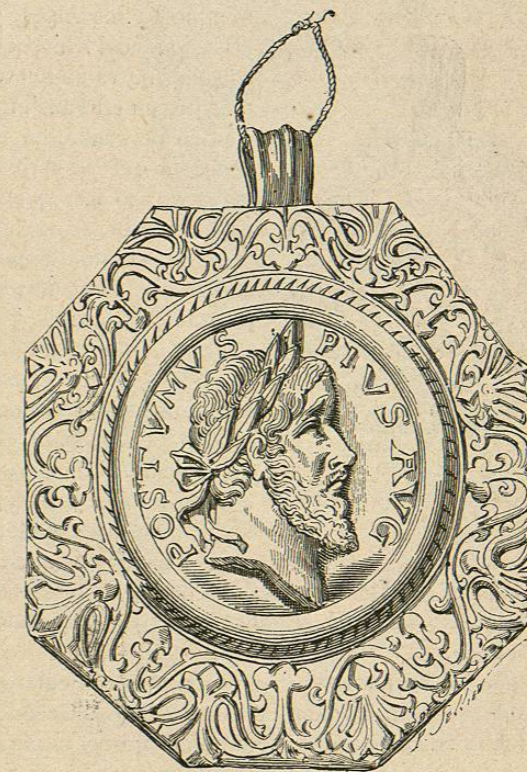
A este efecto fijóse en Cayo Pío Æsuvio Tétrico. Era éste un galo, según puede deducirse de su nombre Æsuvio, derivado del de la divinidad céltica Æsus, y además pariente de Victorino, lo cual permite suponer que éste y su madre eran de igual origen. Al revés de sus predecesores, ni era un soldado, como lo fueron todos, ni un advenedizo, como lo fueron indudablemente Mario y Póstumo; pertenecía á la nobleza senatorial y administraba desde hacía muchos años la pacífica provincia de la Aquitania. Desde los comienzos de su reinado dejó ver claramente cuál sería el carácter del mismo. La autoridad de Victorina había sido suficiente para hacerle aclamar por las legiones; pero en Burdeos fué donde vistió la púrpura. La nueva capital, Tréveris, era una ciudad demasiado militar para un emperador que en sus monedas se hacía representar vestido con la toga y empuñando con una mano el cetro y con la otra un cuerno de la abundancia ó un ramo de olivo.

La idea de un gobierno civil era aún más quimérica en la Galia que en Roma, puesto que en ésta tenía el apoyo del Senado y en aquella no contaba con apoyo alguno. Por otra parte, ¿qué éxito podía tener en un país objeto de constantes invasiones y en donde el ejército debía necesariamente representar el papel principal? Como era de prever, la hostilidad de los soldados se manifestó por medio de sediciones; pero el descontento no se limitaba al ejército, sino que se extendía, por otras razones, á la nación entera. Las sangrientas escenas que se habían sucedido desde el asesinato de Póstumo no eran á propósito para que se mirara con mucha confianza el porvenir del imperio galo; dejábase sentir el cansancio, el desencanto era general y el país se mostraba cada vez menos interesado por un experimento que, en el fondo, no había sido nunca otra cosa que un remedio peor que la enfermedad y cuyos resultados no correspondían á la expectación que en un principio había excitado y justificado. Para volver á aquella unidad romana, de la que se había separado con pesar y cuyo recuerdo iba unido á tantos años de prosperidad y de gloria, la Galia no esperaba más que una ocasión.

Esta ocasión se presentó en marzo de 268, cuando los generales reunidos en el campamento de Milán adoptaron la resolución de acabar de una vez con Galiano y proclamaron en su lugar al más famoso de ellos, Marco Aurelio Claudio. Claudio II inaugura la serie de aquellos emperadores ilirios que con sus esfuerzos afianzaron el Imperio vacilante y prolongaron su existencia durante más de un siglo. El restablecimiento de un poder central digno de este nombre trajo inmediatamente consigo la sumisión de España, en donde las inscripciones de aquel soberano aparecen ya desde el año 268 ó 269. La Bretaña, que nos proporciona dos inscripciones de Tétrico y ninguna de Claudio, perma-

neció fiel á la Galia; pero en la Galia misma comenzaba la defección.

Entre todas las ciudades galas había una llamada á ponerse al frente del movimiento: Autún, la capital de los eduos, los más antiguos aliados, los «hermanos» del pueblo romano, que ya se habían agitado en tiempo de Victorino y que al tener noticia de los sucesos de Milán creyeron llegado el momento oportuno. Por desgracia, Claudio no podía obrar con entera libertad, pues hallábase ocupado en la guerra que le valió el sobre-



Pendiente de collar adornado con un áureo del emperador Póstumo

nombre de Gótico; á pesar de ello, envió algunas tropas al mando de su prefecto de los vigiles, las cuales, sin embargo, no llegaron á pasar de la Narbonense. Los eduos se encerraron dentro de sus murallas esperando todavía algún socorro, que, según ellos, no podían dejar de recibir, y contando también con las simpatías que en torno suyo se despertaban; pero los soldados que habían creado el Estado galo querían conservarlo á todo trance, tanto por orgullo cuanto por interés, pues mientras existiera estaban seguros de permanecer en la Galia, en vez de ir á servir lejos de su patria, en los pantanos del bajo Danubio ó en los arenales de Siria. Así es que se lanzaron furiosos contra la ciudad rebelde, la cual no se rindió hasta después de un sitio de siete meses y dejando al vencedor un montón de ruinas que jamás pudieron ser completamente restauradas (269).

Esta victoria lamentable explica el desaliento que se apoderó de Tétrico, el cual, después de la muerte de Victorina ocurrida en el entretanto, sólo pensó en preparar su reconciliación y el reingreso de la Galia en el Imperio. Primeramente reprodujo la idea de un reparo y quizás logró hacerla admitir, aunque provisional-